

Lydia

Mayo de 2018

—¡Vamos, hazlo! ¿Qué puedes perder? Si un chico así me mirara como te ha mirado ese a ti, no le daría mi número de teléfono, le daría mi vida entera.

«Exagerada», pensé.

Mi jefa veía romances y grandes historias de amor a diario en las miradas de las parejas de clientes, en sus sonrisas, en sus gestos de desesperación mientras esperaban, aunque no supiera si se trataba de una cita. Melinda era una romántica empedernida y me había puesto en su punto de mira.

Pero lo cierto era que el hombre de la mesa siete era guapo, más que guapo. Lo había traído una ráfaga de viento y la cafetería entera había suspirado al verlo entrar. Parecía uno de esos ejecutivos que te miran de arriba abajo y parece que te escanean. Y sí, a mí me había hecho un TAC integral. Y sí, yo le había sonreído. Dos veces. Tres, si contaba la sonrisa que acababa de lanzarle.

—A alguien se le van los ojos hacia la mesa sieteeeeee —canturreó mi compañera Jess al pasar con la bandeja repleta de platos sucios.

—Dejadlo ya. ¿Es que no veis que está acompañado?

—¡Bah! Nada importante. La chica es muy bonita, pero tienen una conversación demasiado formal —observó Melinda—. Por cierto, él se llama Austin. —Levanté una ceja, suspicaz. Seguro que se lo estaba inventando. Como siempre—. Es

verdad. He oído como ella lo llamaba así al servir el pedido de la mesa ocho.

—Es un nombre bonito —dijo Jess con un guiño muy sugerente—. Dale tu número. Si tiene interés te llamará.

¿Darle mi número? ¿Es que se había vuelto loca? Que trabajáramos en una cafetería que podría ser la localización de una película romántica no significaba que la vida fuera de color de rosa. Podía tontear un poco con los clientes guapos, pero mi descaro acababa ahí.

Huí de ellas con el pedido de la mesa seis. Estaban muy colgadas, o muy aburridas, que era mucho peor. Se habían empeñado en reactivar mi vida sentimental y ya habían dejado claro que mi opinión no contaba. Creían en el amor, «el amor está en el aire», decían. Pero eso solo eran gilipolces. Hacía tiempo que había dejado de creer en cuentos de princesas o en historias a lo *Oficial y caballero*. Los hombres, cuanto más lejos, mejor.

Desde que me quedé embarazada de Sophia no había vuelto a estar con nadie. No me interesaba. Mi pequeña fiera de dos años era todo lo que necesitaba para sentirme completa, y lo demás había quedado relegado a un segundo plano.

—Está pidiendo la cuenta —susurró Jess—. Yo te la preparo y se la llevas con tu mejor sonrisa.

Me pellizcó las mejillas, me arregló el pelo y me desabrochó un botón más de la blusa del uniforme. Luego, puso el platillo del *ticket* en mis manos y me empujó hacia el pasillo.

Si hubiera sabido que mi número de teléfono estaba escrito en el revés de la cuenta jamás se la hubiera entregado, jamás le hubiera vuelto a sonreír. Y jamás, ¡jamás!, le hubiera guiñando un ojo a ese hombre. ¡Jamás!

Justin

Me guardé la cuenta en el bolsillo de la americana y Alice soltó una carcajada. ¡Qué esperaba! La camarera era preciosa, muy de mi estilo: rubia, pelo largo, buenas curvas y mirada provocadora. Su sonrisa era sugerente, pero no tanto como ese escote que insinuaba algo mucho más tentador.

—¿Vas a llamarla? ¿En serio?

—Probablemente. Ese uniforme rosa ha despertado mi curiosidad.

—Eres increíble.

Alice, que se había mostrado muy pesimista durante el almuerzo, volvió a reír y me dio un beso en la mejilla antes de meterse en el taxi que había parado para ella. Me gustó arrancarle una sonrisa. Su empresa estaba atravesando una situación complicada, y yo estaba intentado ayudarla en todo lo que fuera posible. Era mi trabajo: abogado mercantil o un «vendemotos», como decía mi madre.

Empecé mi trayectoria profesional volcándome por completo en la rama penal de la abogacía, pero me di cuenta enseguida de que aquella no era mi vocación. A mí me iba más la negociación en los despachos, resolver disputas entre empresas, identificar riesgos, asesorar en la firma de contratos... En resumidas cuentas: simplificar las cosas a los empresarios. Y cobraba bien, muy bien. Trusk, Eaton & Associates era uno de los bufetes más prestigiosos de Chicago, y yo era un hijo de puta con mucha suerte.

Pero en aquel asunto de Alice no iba a ver ni un centavo. Era amiga de mi única hermana, MC, la conocí en su boda, y, si mi intuición masculina no me fallaba, había algo entre mi herma-

no mayor y ella que tenía pinta de convertirse en una relación en toda regla. Ojalá fuera así, porque Alice era una mujer de armas tomar y Tyler necesitaba que alguien le bajara un poco los humos.

Levanté la mano para decirle adiós y, cuando la perdí de vista, volví a la cafetería.

Las campanillas de la puerta me delataron, las dos camareras que servían en ese momento se quedaron congeladas al verme de nuevo. Sus miradas se movieron al unísono hacia el interior de la cocina y les sonreí por aquella información involuntaria y silenciosa.

Las puertas dobles se abrieron y ella apareció con dos platos de ensalada y las mejillas encendidas.

—Jess, el pedido de la mesa cuatro... —Mantuvo las manos suspendidas sobre la barra al encontrarse cara a cara conmigo. Luego soltó los platos con demasiada brusquedad—. ¡Jess, mesa cuatro!

Desplegué mi estudiada sonrisa de chico bueno encantado de haberse conocido, pero ella ni se inmutó. Por norma general, las mujeres se sonrojaban ante ese gesto, o suspiraban, o mojaban las bragas, como siempre puntualizaba mi hermana. Pero esta chica era inmune, y eso me provocaba más curiosidad. ¿Por qué una mujer que me daba su número de teléfono se mostraba tan indiferente?

—¿Se te ha olvidado algo? —me preguntó.

—No, no, solo quería saber... Tal vez podrías explicarme qué significa esto. —Extraje la cuenta del interior de la americana y la dejé sobre la barra.

—Es tu cuenta. No veo cuál es el problema. —Se cruzó de brazos y me ofreció una panorámica increíble del encaje blanco de su sujetador—. ¿Es que quieres poner una reclamación?

—Me refiero a esto. —Le di la vuelta a la nota y le señalé los números escritos con bolígrafo rojo—. Es tu teléfono, ¿no?

Algo en su expresión me dijo que ella no tenía nada que ver con eso. Buscó a sus compañeras con la mirada encendida y las encontró espiando la escena desde el otro lado de la sala.

—Lo siento, creo que mi amiga Jess ha debido de pensar que tú... y yo... Olvídalo, por favor. Esto es muy bochornoso.

Intentó recuperar el papel, pero fui más rápido. Era mi cuenta y pensaba conservarla.

—Oh, no, no voy a olvidarlo. Ahora me siento en la obligación de quedar contigo.

—Pues te libero de esa obligación. Ha sido una broma de mal gusto. Lo lamento.

—Vaya. —Fingí sentirme apenado, incluso hice un leve puchero—. Pensé que podría invitarte a un café al terminar tu turno.

—Lo siento, no puedo.

—¡Sí puede! —exclamó la camarera más joven, cargada con una bandeja de vasos—. Vamos, Lydia. El chico es guapo y simpático.

—Soy guapo y simpático —le repetí levantando las cejas de forma cómica—. Y soy un tipo de fiar. Soy abogado.

—Como si eres Tom Cruise.

—¿No saldrías con Tom Cruise? —me sorprendí, pero estaba animado y ella ya no parecía tan incómoda—. Entiendo, no te gustan las narices grandes. ¡Qué suerte! La mía es preciosa, ¿no crees?

—Ya lo creo —comentó la tal Jess de pasada—. Y es más alto.

—¿Lo ves? Guapo, alto, simpático y con una nariz de lujo. Soy un partidazo.

—Lo siento, pero no estoy interesada.

Cogí uno de los tenedores de postre que había sobre la barra y fingí un apuñalamiento en el corazón con toda la teatralidad que había aprendido de mi hermana melliza. Las risas y los murmullos de los comensales llenaron el ambiente, las camareras se rieron a carcajadas y logré que Lydia, la mujer más implacable de cuantas había conocido hasta el momento, se sonrojase levemente. Fue todo cuanto conseguí de ella aquel primer día.

Tenía una reunión importante y llegaría tarde si no me marchaba.

—Te llamaré —le dije con mi sonrisa de medio lado. Alcé la cuenta y la agité para recordarle que tenía su número—. Por si cambias de parecer.

—No lo haré —aseveró, pero no me quedé a rebatírselo.

Me despedí de sus compañeras con un guiño y salí de la cafetería convencido de que no tardaría mucho en volver.

Lydia

—Me rindo, de verdad, no puedo más. ¿TDAH? ¡Si solo tiene dos años, joder! —Delante de Jess podía hablar como me diera la gana sin parecer la peor madre del mundo—. Solo tiene dos años.

—Cálmate, anda. Tú lo has dicho, tiene dos años y eso solo es un diagnóstico de mierda de una cuidadora inútil. —Ella sí que sabía cómo hacerme sentir bien. Me sirvió un vaso de zumo de naranja y se sentó a mi lado—. No le hagas caso. Llamaré a mi amiga Marla y le diré que le haga un hueco a Sophia.

—No puedo pagar a tu amiga Marla —gimoteé—. No me lo cubre el seguro, ¿recuerdas?

—Hablaré con ella, déjame a mí. No os podrá recibir en el hospital, pero tiene consulta privada.

Me tapé la cara con las manos y suspiré. Odiaba que tuviera que hacerme favores y me sentía agotada. La situación de Sophia se hacía insostenible, solo podía pensar en salir corriendo y no parar. ¿Qué iba a hacer si necesitaba cuidados especiales? Yo tenía que trabajar, no podía estar con ella todo el día, y los jardines de infancia con personal especializado eran demasiado caros. Todo era demasiado caro.

—Podrías hablar con Melinda y...

—Melinda ya me ha prestado mucho dinero y no quiero pedirle más. Haría lo que fuera por Sophia, incluso endeudarse, cuando le queda tan poco para jubilarse. No lo voy a permitir.

—Ya —dijo apenada—. Sé que tienes razón, pero también

sé que para Melinda somos como sus hijas y le dolerá saber que no has contado con ella para una cosa así.

—Hablamos de mucha pasta, Jess. No son un puñado de dólares.

—¿Y una de esas fundaciones que conceden ayudas para niños? El otro día salió en el Canal 8 un médico guapísimo hablando del gran trabajo que estaban haciendo con un montón de niños de Chicago. ¿Cómo se llamaba? ¿Slater?

—Da igual, nadie regala nada. ¿Crees que entrar en una de esas instituciones no cuesta dinero? —Quiso replicar, pero se lo impedí—. Cambiemos de tema, ¿vale? Necesito pensar en cualquier otra cosa.

El domingo, en su casa, me animó la comida contándome los últimos chismes de sus vecinos; una pareja de jóvenes universitarios, que lo mismo se gritaban que se mataban a polvos. Comentamos también el último libro que habíamos leído y que, como siempre que elegía Jess, a ella le había encantado y a mí no, y eso nos llevó de cabeza a sacar el tema del chico de la cafetería.

—Tienes que dejar de leer novelas románticas, joder, Jess.

—¿Por qué? ¿Porque creo que ese tío encajaría muy bien contigo? Ha estado viniendo toda la semana solo para verte.

—¡No viene por mí! —Puse los ojos en blanco por enésima vez—. Viene por las tortitas.

—¡Venga ya! Ni tú te crees eso. —Me dio un pequeño empujón que me hizo reír. La verdad es que Jess tenía razón—. Sal con él. ¿Qué hay de malo? Un poco de charla, un poco de diversión, un poco de sexo... ¡Por Dios, Ly, jura por tu hija que no has pensado en echar un polvo con él!

Miré hacia la habitación de Jess donde mi terremoto dormía la siesta y negué con la cabeza.

—No me apetece salir con nadie, ¿tan difícil es de entender? Estoy en un punto de mi vida...

—Necesitas sexo, y no hablo de masturbarte en la ducha o un desahogo rapidito con el *papi chulo* de tu mesilla de noche.

—Odiaba que usara ese nombre para referirse al juguetito que Melinda nos había regalado a cada una por Navidad—. Necesitas sexo guarro, del que te pone los ojos del revés y te deja agujetas una semana.

—Puedo pasar sin eso, gracias.

—No, no puedes, y lo sabes. Y sabes que ese Austin es un empotrador en potencia y por eso te acojonas.

—¿Empotrador en potencia? Estás loca.

—Un tío que es capaz de mirar así, de sonreír así y no parecer un gilipollas, es un empotrador en potencia. ¡Si solo con su voz fue capaz de ponerme a mil!

—Pues sal tú con él.

—Lydia, Lydia, Lydia, tienes veinticinco años y, si sigues así, vas a volver a ser virgen. No puedes estar tan cerrada. Si dejas escapar al guapo de la cafetería, te vas a arrepentir.

Austin

Fui a desayunar al Melinda's Sweets & Coffee cada día de esa semana y de la siguiente. Me sentaba en la misma mesa, pedía lo mismo de siempre y me dedicaba a observar a la chica durante el tiempo que tardaba en tomarme las tortitas con sirope de fresa. Me pillaba cerca del despacho, el café era aceptable y las jodidas tortitas estaban para morirse. Mi hermana mataría por la receta; yo mataría por la camarera. No tanto, vale, pero

de la curiosidad había pasado a un insano dolor de huevos al llegar el viernes... Eso sí era cierto.

—¿Has pedido la cuenta? —me preguntó Lydia.

Y, como cada día desde hacía cinco, asentí, alargué la mano y le rocé los dedos al coger el trozo de papel. Luego, pagué en efectivo e insistí una vez más.

—No sé si te lo he preguntado ya hoy, pero ¿te apetecería tomar algo conmigo esta noche?

Se rio. Era la primera vez que lo hacía y supe que algo había cambiado. Durante la semana había sufrido miradas fulminantes, bufidos de rechazo, noes lapidarios y silencios por respuesta. El martes me pidió que no volviera, el miércoles fingió sentirse acosada y amenazó con denunciarme a la policía, el jueves incluso se atrevió a decir que era feo y que no saldría conmigo, aunque fuera el último hombre del planeta. ¡FEO, yo, por favor!

—¿Nunca te rindes?

—Nunca —respondí con una amplia sonrisa de *casi* victoria.

—No voy a salir contigo.

—Bueno, eso ya lo veremos.

—No, no lo veremos. No lo verás.

Miré la hora y vi que era tarde. Me puse en pie con ímpetu y la obligué a retroceder. Me gustaba cuando se escudaba detrás de la bandeja y se mordía el labio inferior. Ella no se daba cuenta, pero era un gesto jodidamente *sexy*, un gesto que echaba por tierra su postura cerrada ante mi propuesta. Yo le caía bien, a pesar de mi insistencia, y no le resultaba indiferente para nada. Solo era cuestión de tiempo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —comenté, al tiempo que me arreglaba los puños de la camisa bajo la americana.

—Ya estás preguntando, así que...

Me invitó a continuar con un gesto de la mano y una sonrisa escondida bajo una máscara de desidia. Una chica que me considerara un tipo feo ya me habría despachado.

—¿Por qué te da tanto miedo decir que sí a algo que te apetece tanto como a mí? —Intentó contestar con el ceño fruncido, pero no se lo permití—. Solo es un café, una copa, una hamburguesa, lo que te apetezca. No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Eso ya lo hablaremos más adelante —bromeé y volvió a abrir la boca para contratar—. Solo es una cita. Si no te gusta, si te aburres, si no te parezco un tío encantador, dejaré que huyas cuando vayas al baño. Te lo prometo. —Creí que ya la tenía, que diría que sí—. ¿Y bien? ¿Hay trato?

—Lo siento —dijo después de un largo y esperanzador silencio—, mañana tengo que madrugar. Tal vez en otra ocasión.

No dijo que no, eso era importante. Dijo: «Tal vez en otra ocasión», y me bastó. Fue una pequeña victoria que sentí como si me hubiera llevado el premio gordo de la lotería estatal.

—Hasta el lunes, entonces. Ya cuento los segundos.